

Cartas que serán dramatizadas dentro del proyecto

“¿Qué significa estar vivo?”,

el 24 de febrero de 2018, en la Escuela Nacional para Maestras de Jardines de Niños, de la Ciudad de México.

Edición: Olga de León González

Secuencia: Carlos Alejandro Ponzio de León

Dramatización: Rubén Castillo Rodríguez

Hola:

Te quiero platicar que estoy revisando documentos, pues ya como jubilada no los voy a ocupar, y... pues han venido a mí mente tantos recuerdos, tantas anécdotas, tantos momentos tan importantes en mi vida, tanto como estudiante en mi muy querida Escuela Nacional de Educadoras, como antes y después de estudiar para la profesión que me hizo realizarme como Educadora, como persona, como ser humano y también como mujer.

Tita, ¿te acuerdas cuando en la secundaria anuncié con gran emoción que quería ser Educadora? ¡Cómo me acuerdo de ese momento! Mi papá dijo, tajante: “¡No, tú no tienes la capacidad para ser Educadora!”, y mi mamá dijo: “Además, ¡esa carrera es muy cara!”, y tú mi tía comprensiva, dijiste: “¡Claro que sí puede, y yo les ayudo si necesitan!”. Gracias, Tita pues tú me apoyaste, con esas palabras, para el inicio de la gran historia de mi vida.

Primero, el famoso “examen”. Decían que era imposible pasarlo, y ¡woow, lo pasé! Recuerdo que los resultados se publicaron en el periódico Excelsior, el 6 de septiembre de 1977. No pude dormir ese día de la emoción. Mis padres estaban seguros de que no lo había pasado y cuál va siendo su sorpresa, cuando ven mi número de ficha publicado. No lo podían creer, yo me sentía tan feliz y tú, mi Tita, mi apoyo de toda la vida, me abrazaste y me dijiste: “Yo nunca dudé de ti”, y pues tú, ya conoces la historia. Como bien me dijiste en ese momento, “ahora a salir adelante”.

Fue notorio que realmente era mi profesión, trabajar con mis pequeños cada día, y esa maravillosa comunidad que trabajé, es algo que no cambiaría por nada en el mundo. Sé que muchas personas dicen que trabajar en Cuauhtepac es muy difícil; pero realmente hicimos un maravilloso equipo de trabajo en esa fantástica comunidad, que te deja satisfacciones y alegrías diarias.

Tita, ojalá estuvieras aquí, aún conmigo. Ya se cumplieron 3 años de tu partida y sin embargo, te sigo tan agradecida, pues sin tu gran confianza en mí, no sería la Educadora felizmente jubilada hoy.

Y a ti, mi querida Escuela Nacional para Maestras de Jardines de Niños, te puedo decir que te estaré agradecida por siempre, pues le diste a mí vida las bases necesarias para que yo me pudiera realizar como profesionista, y le diste “vida a mí vida”, ya que estar vivo es un precioso privilegio.

- LEONOR MAYELA CORONADO ESTRADA

Ciudad de México, 24 de Enero 2018.

Queridas Verdades:

Hoy, como muchos otros días, estuve pensando en ustedes, en lo mucho que significan en mi vida, y en cómo la enriquecen, y creo que nunca se los he dicho lo suficiente, ¡y vaya que han sido ya muchos años! Nos conocimos hace más de 35 años en nuestra querida Escuela, donde estudiábamos para ser educadoras y hablábamos de música, moda, tonteábamos y nos tomábamos fotos graciosas, cantábamos aquella canción de las “Somos las 7 verdades”, sin dejar de reír y soñar con nuestras futuras vidas perfectas, ¿lo recuerdan? Sobre todo, hablábamos de ¡nuestros novios!, algunos de ellos siguen siendo nuestros compañeros de vida. Disfrutamos mucho estudiar juntas. ¡Ha pasado tanto tiempo!, y seguimos siendo amigas; cada una siguió su camino, una de nosotras no pudo terminar la escuela, pero seguimos juntas y tenemos en común el amor y la vocación por la educación, otra, ¡aún educadora! Y lo disfruta como el primer día.

Pasamos muchas cosas juntas. Algunas estudiaron otras carreras hasta lograr tener entre nosotras, ¡una doctora! Todas nos casamos y tuvimos hijos, ahora ya todos grandes y excelentes jóvenes y jovencitas, que tienen las mismas ilusiones que nosotras teníamos cuando teníamos su edad, algunas hemos sufrido la muerte de nuestros padres, algunas sufrieron la separación de sus parejas y, últimamente, la triste pérdida de uno de ellos. Hemos pasado por la enfermedad de nuestros hijos e incluso la muerte de uno de ellos, que imagino es uno de los sufrimientos más difíciles de superar. Algunas, han vivido lejos, ¡al otro lado del mundo!, y, aun así, seguimos juntas a pesar de los años y de la distancia. Para mí, hubiese sido imposible engañar al cáncer sin su apoyo, y día con día trabajo para mantenerme saludable, vivo como si fuera el último día de mi vida, simplemente porque la vida me ha enseñado que puede ser. Soy una mujer que ama y disfruta enormemente cada día, con todo lo que cada uno trae, porque simplemente, cada uno es irrepetible.

Hoy, estaba pensando en ustedes, en lo mucho que significan en mi vida, y mientras lo hacía, veía una pared de mi casa, una pared blanca y vacía, y pensé que me gustaría llenarla... pero... ¿llenarla? ¿de qué?... y pensé en ustedes y en todo lo bueno que tengo en la vida, y tuve la respuesta... ¡de momentos! ¡de amor!, esta pared tengo que llenarla de amor, de todo el amor que rodea mi vida, de todas esas personas y momentos que han enriquecido mi vida llenándola de momentos de alegría. Ustedes, y sus familias, tienen que estar ahí, porque son parte muy importante de mi vida, ustedes son las hermanitas que la vida me permitió escoger, una amistad que nació en la adolescencia en la ENMJN y que creció con el tiempo.

Hermanitas, hoy les envío esta carta, para pedirles que me regalen una fotografía de ustedes con sus familias, para así llenar esta pared de amor. Ahora está vacía, pero pronto, la tendré llena de personas y recuerdos que me permitan -en todo momento- recordar lo afortunada que soy....

Con todo mi cariño... SUSANA YOLANDA HERNÁNDEZ VEGA

Querida amiga:

Han pasado largos días desde la última vez que nos vimos y charlamos, no sé si los has sentido así, quizá ni siquiera lo notaste... Es extraño, ¿no? Lo relativo que es el tiempo, a veces siento que vivimos en eternidades compuestas de breves momentos que van ligados unos con otros, construyendo un flujo continuo de experiencias, aprendizajes y recuerdos, que trazan una historia de vida; mi vida, tu vida, la de todos aquellos que existimos. No son más que breves eternidades.

¿Te parece absurdo? Quizá lo sea, porque, ¿cómo una eternidad puede ser breve? No tiene lógica y, sin embargo, me parece que así se desarrolla la vida, pues aquello que hacemos ahora dejará una marca para el futuro, no solo en nosotros, sino también en quien nos rodea. Así que dime tú, si no estamos viviendo en eternidades compuestas y conjuntas y justo entonces, me pregunto: ¿Qué significa estar vivo?, ¿formar parte de estos ciclos interminables?

En ocasiones me atormenta no saber qué hacemos aquí, de qué sirve lo que hacemos, lo que estudiamos, lo que hablamos, lo que escribimos, lo que sufrimos, lo que gozamos; ¿realmente tendrá alguna importancia? ¿Para qué poner tanta pasión en algo tan vano? O, ¿acaso no lo es? Tras analizarlo, he llegado a una conclusión que quizá no sea del todo lógica, pero que comparto contigo ahora. Vivimos para sufrir, sufrimos para aprender, aprendemos para reír, reímos para vivir. Redundante, ¿no? Lo sé, es difícil de entender, déjame tratar de ser más clara.

La vida es un constante sufrimiento con lapsus de alegría, aprendemos que en ocasiones es necesario llorar, desvanecerse y dolerse, simplemente para poder continuar. Es entonces cuando entendemos claramente que no podemos gozar sin padecer y que equilibrarnos es el sentido de la vida. No lo sé, quizá sean solo elucubraciones mías y esté delirando, pero debía compartirlo con alguien, compartirlo contigo. Dime, para ti, ¿cuál es tu sentido de la vida?

Espero tu respuesta pronto, con cariño, tú ilógica y eterna amiga.

AUTOR: ANA AURORA VÁZQUEZ SÁNCHEZ

Hola:

No es la primera vez que escribo esta carta; ¡espero esta vez resulte perfecta!

Hace tiempo que no nos vemos, ni hablamos; sin embargo, siempre pienso en ti, y sé que eres feliz; de no ser así, me partiría en mil pedazos para ayudarte a que lo seas, porque tú eres importante para mí.

¡Supe que te graduaste!, ¡qué emoción!, en verdad me alegra. ¡También yo pronto lo haré!

He pensado mucho en la última vez que nos vimos, ya hace tiempo de eso. Te extraño, extraño la suavidad de tus manos, extraño tu olor, extraño reír contigo, te extraño junto a mí.

Extraño lo que soy cuando estoy contigo. Perdón, extraño cuando somos.

El único momento en el que te siento cerca es cuando miro la luna, porque sé que, en algún momento, la mirarás también... Estando tan lejos de mí, pero tan cerca como ella.

Quiero que sepas que coincidir en esta vida contigo me ha hecho apreciar mis peculiaridades, cada pequeña parte de mí contigo fluía.

Tal vez te conocí demasiado tarde, pero no me arrepiento, Porque contigo disfruté de muchas primeras veces y te llevo conmigo, en cada canción que cantamos juntos y en las nuevas palabras que me enseñaste, porque descubrí tus manías y se convirtieron en las mías, y no me importa si fueron 5 minutos, 5 semanas, 5 meses o 5 años, porque contigo no pasaba el tiempo y si vuelvo a vivir la vida, ¡me gustaría volver a compartirla contigo!

Esta vez le haría caso a mi instinto y no a la razón, porque: ¿quién sabe, con toda certeza, cómo hay que vivir la vida?

Todos nos dicen lo que está mal y lo que no se debe hacer; pero, realmente, ¿ellos mismos seguirán sus propios consejos? o solo quieren que vivamos la vida a su manera?

Quiero coincidir, equivocarme, caer, y aprender contigo, en esta, o en otra vida.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde aquella vez que nos vimos, o si lo sé, pero me duele que haya vivido tanto sin ti. Que no quiero decirlo, solo quiero decirte cuán importante fuiste y eres para mí, que no te olvidaré jamás. Y que lo nuestro, como el cielo, no tiene principio ni fin, porque aun estando lejos, estoy contigo y tú en mí. Bueno, tú sabes lo que siento y lo que me haces sentir, eso está demás expresarlo con palabras.... es sólo que no me quiero despedir, no esta vez...

AUTOR: MÓNICA LIZBETH VELÁSQUEZ MOTE

Sábado 27 de enero del 2018

Hola, Emmanuel, ¿cómo estás?, espero que bien:

El motivo de esta carta es contarte un secreto, un secreto inmenso; es algo que no me atrevo a decirte en persona. Realmente he estado pensando de qué manera decirtelo y no encontré mejor forma que esta, pues cuando estoy frente a ti, se me olvida todo, me quedo paralizada; en un principio pensé que era normal, pero es que...

¡No puedo dejar de pensarte!, Me encanta esa manera en la que vistes, ese cabello en puntas, esos ojos detrás de los lentes rectangulares que sueles usar, y esa manera tan rara que tienes de sonreír. Pero, ¿sabes?, más allá de tu apariencia me gusta tu modo de ser, tu preparación, la pasión con lo que haces las cosas, tu forma de apoyar a las personas, tu manera de ver el mundo, y hasta el modo en el que escondes tus miedos. Me gusta esa forma en la que me haces estremecer y aunque sé que no tienes ninguna intención, me gusta la manera en la que me miras. Creo profundamente que me estoy enamorando de tu ser. He estado buscando alguna razón para no fijarme en ti, pero realmente no la encuentro. Es que en mi definición de perfección, estás tú, realmente ya no sé qué hacer para poder dejar de sentir esto, o mejor aún, no sé si quiero dejar de sentirlo. Y es que este sentimiento es como cuando escuchas tu canción favorita: la sientes tan dentro de ti, que no quieres que se acabe y cuando acaba, buscas repetirla. Para mí, eso es la vida: una melodía, con cientos de palabras, con miles de significados y razones.

No te voy a pedir que te enamores de mí, tampoco que me quieras, ni siquiera que me beses. No, no te pediré un amor de cuento, porque no es lo que busco de ti. Te voy a pedir que sigas sonriendo, que ames la vida como ahora mismo lo haces, que me sigas contagiando de esas ganas de vivir, de superarme; y que tú nunca cambies, quiero seguir observando tus ojos tan plenos de luz y de sueños, y que en el momento que acabe esta melodía, pueda volver a escucharla una y mil veces más.

Atentamente: MON

AUTOR: MICHEL OLVERA NÚÑEZ

Ciudad de México, a 28 de enero de 2018.

Amado Joven Artemio, Papito:

El amor de Dios te cubra con su manto y me alcance el corazón.

Hace ya 4 años que te has ido, recuerdo aún tu cuerpecito caliente y me miro abrazada a él, cual pequeña que se niega a ingresar a la escuela, ceñida fuertemente a tu cintura, o gatita agazapada que se lía a ti con sus frágiles garras.

En el hospital, llorosa, desequilibrada, con frío, te canté, te pedí perdón por ser “la negrita del arroz”, te agradecí la vida, te imploré para seguir cuidándome desde tu nueva morada, te solicité fuerza para continuar vagando por este mundo, que no niego es bonito, pero complicado...sola, sin ti. Todavía guardo tu calor, tu aroma, tu imagen, tu sustancia. ¿Podré regresarte cuánto me diste, algún día? Ha sido tu vivo recuerdo mi aliento e impulso para seguir, para cuidar de mis hijas, para servir a mis alumnas, para abrazar a Mamá y a mis hermanas; para sentirme segura. Así es, como te comparto lo que de ti guardo, me ha ayudado a aprender la lección de tu paso y del mío por este planeta, tirar la estatua que un día hice de ti para recuperarte como hombre completo que eres, blanco, negro y con sus grises. Solo así podré pintar mis sueños con realidades y vivir la aventura del amor.

Todos estos meses, desde tu partida, he reaprendido. Primero, caminando el sendero de la reconciliación conmigo misma, conociéndome, perdonando, aceptando y, finalmente, amándome. No he librado del todo esta batalla, pero no desisto. Luego, he comprendido nuestra coincidencia. Fuiste un papá paradójico, tan drástico y complejo como amoroso y comprometido, así te escogí, a ti y a Mamá, para ser lo que soy. Y ahora, estoy en la ruta de desestigmatizar al mundo. Permití que la condición humana, llena de prejuicios, corruptelas y exclusiones, me hiciera daño, pero ya no. Comprometerme a hablar y a construir es mi tarea, porque estoy viva. Para mí eso es sentir el calor del día que empieza y la tierra bajo mis pies, que el corazón lata en mi pecho y el ser vibre en mí. Hoy tengo la riqueza de mis emociones y experiencias vividas, y otras aún por aprender.

No me despidos, pues estás en mí. Cuando me sienta débil abriré la puerta de mi alma para que salga el león, cuando esté fuerte te reconoceré en cada latido de mi oración.

Tu agradecida hija.

AUTOR: NOEMÍ AGUILAR MARTINEZ

Hermosa, Mamá Herme:

Me gustaría comenzar con un “Hola”; pero, siendo realista, solo puedo decirte: “¡cuánto te extraño!”. Desde tu partida, mi corazón está incompleto y no hay persona, cosa, ni momento, que pueda llenar ese vacío, porque ese lugar es solo tuyo, solo tú podrías llenarlo. ¿Sabes?, después de tu partida, pasé días y noches entre llantos y sollozos, entre melodías que calmaban por momentos mi tristeza al recordarte cantando, tardes que veía tu silueta en el patio de la casa; y a veces olvidaba, olvidaba que ya no estabas, olvidaba que ya no podría tomarte de la mano o abrazarte; y es que te extrañaba tanto, y aún te extraño, que ahora eso me basta, extrañarte. Tal vez me he conformado, o he aprendido que, pasados cinco años de tu ausencia, si cierro mis ojos, aún puedo escuchar tu voz. Recuerdo tu aroma, como también esos zapatos de tacón y los labiales de colores chillantes que solo a ti te podían ir bien. Igual vienen a mi mente tu gracioso cabello chino gris, ese chiflido interminable y chillante con el que aun a la distancia, podía saber que estabas muy de buenas; todavía puedo sentir presente el sabor de las tortillas hechas a mano con una pisca de sal y una pequeña embarrada de tan exquisita salsa de molcajete. Y cómo no recordar esas noches de bohemia, sin faltar el tequilita, claro está, para abrir garganta y dar nuestras mejores notas; y así podría seguir diciéndote cuánto te extraño, cuánto te echo de menos, pero caería en una lista interminable de hermosos recuerdos, así que mejor te escribo: “Gracias por cuidarme, gracias por enseñarme, gracias por amarme, gracias por aparecer en mis sueños y regalarme unos segundos de felicidad en ellos”.

¿Sabes?, aún sigo cantando, aún sigo tocando esa exquisita guitarra negra de cuerdas algo viejas que, gracias a ti, tengo en mis manos y que aprendí a tocar por gusto y amor a la música. Claro, ese amor fue heredado de ti; y quiero que sepas que lo atesoro con todo mi corazón. Aún sigo escuchando aquellas canciones que tanto me recuerdan tu persona, y sonrío, sonrío al imaginar que algún día, en otro plano, en otro espacio, en otro mundo, nos volveremos a reunir.

Con amor inmenso e infinito, tu nieta Abby.

¿Qué significa estar vivo?, ¿Qué significa vivir?

Y si dijera que hasta hoy realmente me hice estas preguntas, y después de tanto pensarlo y analizarlo, llegué siempre a la misma conclusión. Para mí, estar viva, vivir: es agradecer a un ser supremo por regalarme cada nuevo día la oportunidad de mejorar mis acciones y actitudes hacia mi prójimo y a la naturaleza. Disfrutar cada momento que me regala mi entorno: escuchar, cantar a las aves; sentir la lluvia caer en mi cara; disfrutar de un café en compañía de un ser querido;

reírme mucho; escribir; regalar una sonrisa a un desconocido; brindar apoyo a quien lo necesite; disfrutar los pocos, pero geniales instantes que puedo pasar con mi familia; disfrutar la caricia del ser amado; amar; divertirme; gozar; acariciar; besar; abrazar...Yo, mi pasado y mi presente; mañana no sé si despierte.

AUTOR: ABIGAIL MARTÍNEZ MARTÍNEZ

Papá, Don “Cele”:

Durante mucho tiempo, pensé que mi padre era inmortal, que nunca se iba a enfermar o se iba a hacer viejito, que siempre iba a estar presente para apoyar a sus hijos. Pero el tiempo pasó y llegaron las enfermedades, la falta de alegría, el debilitamiento y la ausencia.

Están por cumplirse diez años de tu partida y vienen a mi mente tantos recuerdos de tu presencia en mi vida, de momentos gratos y otros no tan gratos, porque también hubo momentos de enojos, regañones y gritos; pero, ante todo, siempre estuvo presente el hombre sensible, amoroso, generoso, bondadoso, inteligente, solidario, trabajador, fuerte, honrado, humilde, digno y orgulloso de su origen, de su historia, de su trabajo, de sus logros y de la familia que formó.

Son tantas las cualidades que te reconozco. Una de las más significativas es tu calidad humana, el dolor que te provocaba el sufrimiento de los otros, al grado de llorar por la gente humilde, la que no tenía para comer, la que carecía de un techo seguro, los que no podían enviar a sus hijos a la escuela. Muchas veces oí el dolor que te provocaba ver a las mujeres y a los niños del campo con sus ropas gastadas y pasando fríos. También te preocupaba que no cayera la lluvia, porque entonces la gente del campo no levantaría su cosecha, tu indignación crecía ante los políticos corruptos y abusivos.

Otros recuerdos hermosos que tengo de ti, son la sensibilidad al maravillarte de la naturaleza; la emoción que te provocaba la belleza de una flor, con sus matices y texturas; el brote y dulzura de una fruta; el agua cristalina y fresca de un río; el cantar de los pájaros, en especial, el del cenizote y el clarín, que hasta bailabas de gusto al escucharlos.

Papá, gracias por habernos compartido tu historia, tus sueños, como aquél según el cual te ponías una varita mágica atrás de las rodillas, para impulsarte a volar sobre lugares hermosos y veías ríos, montañas, el campo, flores de muchos colores y a la gente feliz.

También recuerdo tus palabras pausadas, suaves y amorosas cuando te dije que dejaría la casa para irme a mi departamento. Me dijiste, “hija, yo pensé que habías comprado tu departamento como una inversión, yo qué más quisiera que todos continuemos viviendo bajo el mismo techo, pero yo nunca voy a ser un obstáculo para que cumplas tus sueños, recuerda que aquí están tus viejos para lo que necesites, esta sigue siendo tu casa”.

Papá, tu vida tuvo un gran sentido, dejaste y te llevaste tanto amor. Hasta el último momento, tuviste la fuerza necesaria, para decir: “Me los llevo en mi corazón”.

AUTOR: ROSA MARÍA CRUZ GUZMÁN

Quando nos conocimos, tú estabas, como siempre, con tus brazos extendidos bien abiertos hacia mí. Yo era una adolescente con el corazón lleno de ilusiones. Entonces tú tenías treinta y dos años, yo sólo catorce. Tu larga experiencia me sustentó y ayudó para que yo cumpliera todos y cada uno de mis sueños. Porque me enseñaste a amar la escuela y a que mi pasión número uno, siempre fuera estudiar. ¡Cuánto me alegra haber pasado juntas muchos de tus cumpleaños! ¡Parece que fueron ayer tus festejos de oro! ¡Y hoy, estás por cumplir setenta años! ¡Te siento como mi madre espiritual! Puede sonar extraño, pero la relación entre tú y yo siempre ha sido de: “nos picamos el ombligo”.

Antes de que una tormenta eléctrica tirara muchos de tus preciosos árboles, tu jardín lucía tupido y los rayos del sol saludaban tibios entre las ramas, dando la bienvenida a todas las personas que entonces asistían a estudiar o a trabajar, como también a sus visitantes. Así, siempre me he sentido contigo: cálidamente recibida.

Me conociste en plena primavera de mi vida y entre tus muros fui creciendo. Cuando estudiaba psicología, fui invitada a dar clases aquí, entre tus aulas. Acompañaste mi boda, mis embarazos y hasta extendiste tu amor hacia mis hijos, quienes también se enamoraron de ti cuando te conocieron: los dos aprendieron a nadar en tu hermosa alberca; ambos también fueron muy felices entre tus brazos.

Tú me enseñaste lo que es estar viva. Es tener el corazón lleno de sueños y jamás dejar de luchar por ellos. Trabajar contigo medio turno, me ha permitido no dejar de trabajar en el jardín de niños. Primero, como educadora y ahora, como psicóloga. Compartimos la pasión por los niños, quienes me han enseñado a vivir en el presente, absorta en el juego; a no tomarme las cosas tan en serio, a que todo es amor y sincero abrazo. A que el día más importante, es hoy, y el momento más sublime también.

Tengo el mejor sueldo del mundo: tu amor en mi corazón, el alma llena de gozo por la satisfacción de enseñar a amar a la más bella de las profesiones y la oportunidad de sembrar en corazones fértiles, dentro de cada aula y cada alumna que me ha tocado formar, semillas de amor y esperanza para la construcción de un mundo mejor. Por eso querida ENMJN: ¡Nadie te ama como yo! ¡Gracias por hacerme sentir viva! ¡Feliz cumpleaños! ¡Eterna vida para ti!

Tu hija amada, tu alumna estrella (si me permites presumir)

GABRIELA GALLEGOS OLIVA